
CAPILLADA 112, (60 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

*Si quis durus corde dixerit
Fr. Gerundii cor non fundere
guttas sanguinis atque ternuræ
cum quasdam epistolas, quæ ei
diriguntur, legit, anathema sit.*

Si algun empedernido dijere que el corazon de Fr. Gerundio no vierte gotas de sangre conmovido de leer algunas tiernas comunicaciones que se le dirigen, mal peñasco le aplane y le espachurre.

CONC. 4. GER. CAN. 8.

LAS VIUDITAS.

(Sinite viuditas venire ad me.)

Triste y desconsolada situacion es la de una viuda sobre la tierra; y no sin razon para pintar el sagrado profeta el desamparo y afliccion de aquella famosa ciudad, reina un tiempo de

las provincias y de las naciones, nos la representa bajo la imagen de una viuda que pasa las noches llorando, y cuyas mejillas no se ven jamás enjutas de lágrimas. Y no sin razón los profanos vates para bosquejarnos un cuadro patético y luctuoso se esfuerzan por hacernos sentir los sentimentales quejidos de la tortolilla que gime en solitaria viudez. Efectivamente, las viudas son las tórtolas de la sociedad humana: las sombras animadas del gran cuadro social: son el vocativo *caret* de los matrimonios; son el pretérito perfecto del verbo *conjuguar*; son como las judías en las huertas, que mientras tienen un apoyo ó estacon á que asirse, levantan en derredor de él su lozano tallo, pero una vez que les falte, le doblan humilde y mustio hasta el suelo, y es no pocas veces cruelmente hollado por el brusco pie del jardinero, ó por la inconsiderada planta de cualquier transeunte. Una viuda, por rica que sea, siempre es pobre; porque siempre se dice *una pobre viuda*: y es por fin tan poco alhagüeno el estado de viudez, que si Fr. Gerundio se casára, no quisiera por cuanto hay ver á su muger viuda: prefiriera mas bien sufrir él mismo los trabajos y penalidades de tan miserable estado.

Por ende Fr. Gerundio ha levantado mas de una vez su voz en favor de las pobrecitas viudas, y especialmente de las viudas de los guerreros sacrificados en defensa de la patria, de las leyes y de la libertad, y que hoy gimen en el desamparo y la miseria, las que no han sido ya víctimas del hambre y del pundonor. Por lo tanto, enemigo como es Fr. Gerundio de incurrir en el vicio de la importunidad por inculcar demasiado en una cosa por justa que sea, hubiera quizá tardado en clamar otra vez porque se atendiese á esta clase tan digna de consideracion. ¿Pero quién resiste á un mensaje como el que acaba de recibir Fr. Gerundio por el último correo? ¿Quién puede permanecer impasible ó tibio, quién pudiera callar aunque tubiera frenillo en la lengua, enjuto el tintero, y la mano derecha seca ó entumida, al leer la tierna misiva que firmada por varias comisionadas le dirigen á Fr. Gerundio todas las viudas militares de la Coruña, como á su único consuelo y á su mas compasivo protector? ¿Cómo pudiera no enternecerle la lectura de este párrafo? «El escaso valor de nuestros pocos efectos mal vendidos nos alimentó por un poco tiempo; las labores de nuestras manos no nos dan para el preciso sustento;

:

nuestros hijos, que son los hijos de unos valientes que exhalaban su postrer suspiro en los campos del honor, mendigan un pedazo de pan y ya no le encuentran, porque la humanidad se habrá fatigado de socorrerlos; nuestras pensiones están muertas; nosotras y nuestras familias perecemos; si nuestros esposos se levantan de sus sepulcros y nos vieran, se volverían á hundir en ellos por no poder resistir el cuadro de nuestra miseria y la ingratitude y dureza de los hombres. En este estado de desesperacion ¿á quién acudimos? ¿Quién nos dará algun consuelo en nuestra desgracia? Una feliz inspiracion nos trajo á la memoria á Fr. Gerundio, y todas, y en su nombre las que suscribimos, acordamos dirigirnos á Vtra. Paternidad, cuyo buen corazon es conocido de todos, á fin de que con pluma fuerte escrite la compasion del gobierno hácia estas desgraciadas &c.

Digo la verdad: aunque hubiera tenido frenillo en la lengua, creo que le hubiera roto para hablar, como el hijo de aquel rey que siendo mudo de nacimiento, al ver á un soldado que iba á descargar un hachazo sobre la cabeza de su padre, tal fué la fuerza del sentimiento filial, que con el esfuerzo que hizo

rompió el frenillo de la lengua y le dijo como si toda la vida la hubiera tenido espedita: «soldado, no mates á Creso.» (Creso me parece que se llamaba su padre, si no me falta la memoria.)

Si hubiera tenido la mano seca, entumida, ó paralítica como la del manco del evangelio, hubiera recobrado al instante toda su tendinosidad (apuntarla), y se hubiera movido para escribir con mas agilidad que tarabilla de molino de cubo. Y si el tintero hubiera estado sin tinta, ¿qué? Mojaría la pluma en la sangre de las venas, ó reuniría las gotas que la lástima y el dolor hacen destilar de mi corazón, y llenaría el tintero de ellas, y con aquella tinta escribiría *un artículo aparte* sobre la situacion de las hermanas viuditas; sí, un artículo aparte; y si menester fuese, una capillada entera, un tomo en folio, un año cristiano, una guía de viudas, un centon gerundiano, una historia universal, unas actas cronológicas generales, un calendario perpétuo, una biblioteca concionatoria, una colleccion alfabética perdurable de casos prácticos, un índice inverso inconmensurable é inamisible; sería el Tostado de las viudas; y si esto no bastaba sería su asado y su cocido: to-

do lo que ellas quisieran sería Fr. Gerundio.

Porque quisiera inspirarlas tanta confianza, que cuando un militar se marchase á la guerra, le dijese á su esposa al despedirse: «á Dios, no te desconsueles; si sucede una desgracia, ahí te queda Fr. Gerundio.» Y que cuando los generales diesen cuenta al gobierno de los gefes y oficiales que hayan muerto en una acción, en lugar de la fórmula: «recomiendo á V. E. para que se sirva hacerlo á S. M. las viudas y familias de los que han muerto gloriosamente en la acción de este memorable día;» dijesen: «recomiendo á Fr. Gerundio las viudas y familias de estos valientes, á fin de que muela la paciencia al Sr. ministro de Hacienda para que no las deje perecer de hambre.»

Vamos que me parece que Fr. Gerundio ha cumplido por su parte en este artículo con las leyes de la galantería, y que las viudas de la Coruña no tendrán que decir que su mensaje ha sido desatendido de Fr. Gerundio: pero como todo lo que él puede hacer en su obsequio es pedir, y el Sr. Pita es el que puede dar, con esta fecha embio á Tirabeque al hermano Pita con esta capillada por mensaje a fin de que si quiere dar, dé, y sinó... hijas mias, paciencia, Fr. Gerundio no puede hacer mas.

LA MENSAGERÍA.

«Mensagero sois, amigo.
non mereceis pena, non.»

Romance antiguo.

*Mensageros sois, amigos,
sin mereceis pena, sin.*

Fr. Gerundio.

No te se puede mandar á un recado, Pelegrin, eres mas pesado que el plomo: tres horas hace que te mandé; tres. En tres horas se corre todo Madrid.—¿Qué delicado es vd. Señor! Siempre quiere vd. que ande uno corriendo.—Pero hombre, ¿todavía te parece poco tres horas para ir desde aquí á donde pára la mensageria?—De poco se pasma vd., mi amo: tambien en tres dias se atraviesa toda Castilla de parte á parte, y los diputados se han llevado seis metidos en la laguna de la Nava sin salir de ella. Pues; y á esos no les dice vd. nada, porque son diputados; y á mí porque soy Tirabeque, si me descuido una mieja ya me recibe vd. con un responso.—El responso de S. Anton si que te iba á echar ya por perdido.—¿De qué S. Anton, Señor?—De S. Anton; ¿pues no sabes quién es S. Anton? Como hace tanto tiempo que hablé de

él....—;Ay mi amo, mi amo! El que mucho escribe mucho yerra, como dijo el otro: y muchas veces á un padre maestro se las pesca un lego; y en el mejor paño cae una mancha; y mas de cuatro veces llega mas pronto el cordero que el carnero.—Y bien; ¿qué significa toda esa sorta de vulgaridades?—Que tambien vd. cambia algunas veces las especies, Señor, que no soy yo solo. El otro dia dijo vd. que iba á echar la oracion de S. Anton por aquellas mugeres de la calle de Hortaleza, y ahora tambien dice vd. que iba á echarme á mí el responsorio de S. Anton por perdido. Y ha de saber vd. que el responsorio que se echa por las cosas perdidas no es el de S. Anton el del cochino, sino el de S. Antonio de Padua, porque este es el abogado de las cosas perdidas, y no aquel. Y hágole á vd. esta advertencia ahora que viene á pelo, porque mas vale que la haga yo que un extraño, y tambien porque sepa vd. que no somos solamente los legos los que tenemos deslices.

Muy mal parecee, Pelegrin, que un criado replique á su amo. Los amos siempre tenemos razon, ¿entiendes? Y el advertirnos nuestras equivocaciones y defectos mírase como un mal,

síntoma de insubordinacion é indisciplina, y no pocas veces suele eso costar un empleo ó una separacion.—Señor, vd. dispense, que yo....—Pues; vd. dispense; ya se habian de haber acabado las dispensas.—Señor, no se deben haber acabado todavia, porque me consta á mí que en las cuentas del ministerio de Estado de este año que acaba de pasar, figura una partida de unos cuarenta mil duros que se han enviado á Roma por cuenta de dispensas: y lo mas gracioso es que á los empleados en el ministerio les están debiendo mas de veinte meses. Con que mire vd. si hay dispensas con fuerza todavia, Señor.—Hombre, yo no sé dónde mil diablos adquieres tú esas noticias. Pero de todos modos bien debes conocer que no son esas dispensas de las que yo quiero hablarte. El arreglo de eso déjalo de cargo del Sr. Perez de Castro, que á fé que habiendo estado él cerca de su Santidad y visto á qué mano van esas cosas, bien se yo que no ha de descuidar este negocio.

Y por ahora vamos á lo que á nosotros importa y atañe. ¿Estuviste en la mensagería?—Si señor; ¿qué habia de hacer?—¿Y qué te dijeron de aquello?—Que ya estaba entregado.—¿Cómo que ya estaba entregado?—Si se-

ñor; que estaba entregado ya, y que pronto se lo llevarían á S. M. fué lo que me digeron.

—Hombre, tu me pierdes, Pelegrin ó Peledia-
blo; ¡unos pastelillos tiernos á S. M.!
¿Qué se dirá, hombre! Anda corriendo y des-
haz la equivocacion, sinó me vas á perder, ó á
lo menos á ponerme en rídículo. Malditas sean
tus entendederas, torpe de Satanás; imposible
es que te bautizáran con agua limpia, sino
con agua de fregar ó de achicorias ó cosa que
lo valiera.—Señor, si quien está equivocado y
ha entendido mal es vd. Si no hay tales
pastelillos de encargo ni tales carneros; si lo
que me dijeron que estaba ya entregado y lo
iban á llevar luego á S. M. era el mensaje.—
Esa es otra: amigo, tu las ensartas como tru-
chas en mimbres. En ese caso no has estado en
la mensagería.—Señor, ¿cómo se dice? ¿Pues
no le estoy dando á vd. razon?—Pero bien;
entendámonos: ¿cuál llamas tu la mensagería?
—Señor, ¿no es el Senado?—Quítate de
ahi, quítate de ahi, no me incomodes mas.—
Escuche vd. una palabra, señor.

—Mire vd.: hace mas de ocho ó quince dias que
estoy oyendo que en el Senado se estaba ha-
ciendo un mensaje para S. M. y despues oí
que aquel mensaje ya no iba, porque S. M.

habia hecho ya lo que el mensaje pedia, pero que en su lugar, puestos ya los senadores en que un mensaje era preciso mandarle de todos modos, habian compuesto otro mensaje para decir á S. M. que les habia gustado lo que habia dispuesto. Y como en todo este tiempo no he oido yo que se haya tratado en el Senado de otra cosa mas que de hacer mensajes, pensé yo que aquello se llamaba la mensajería.— Calla, que no sé si tu lengua es la lengua de la inocencia ó la de la truhanería. Tan buen mensajero estás tú como ellos. Merecias una.. —Señor, páreceme que ni ellos ni yo merecemos pena ninguna, porque yo he oido un romance antiguo que dice:

« Mensajero sois , amigo ,
non mereceis penas , non.»

Pues á eso te digo yo , que soy un romancero nuevo:

Mensajeros sois , amigos ,
sí mereceis pena , sí.

Tu, porque mandándote á ver si la mensajería habia trahido unos pastelillos de encargo que esperaba, te vas á buscarlos al Senado; y los Senadores, porque proponiéndolos, los pueblan y eligiéndolos S. M. para que se dediquen con asiduidad á procurar el bien de la

nacion y la pronta conclusion de la guerra, gastan el tiempo en proyectar, discutir y enviar mensajes, que hasta prescindiendo de la justicia ó conveniencia del objeto, son tontos por inoportunos, por innecesarios, y por impertinentes.

AL PIE DE LA LETRA.

Como Dios está en los cielos, que algunas veces llevo á dudar si mi Paternidad gerundiana estará dotada del don de profecía, porque son tantos los pronósticos que se han cumplido y se van cumpliendo, tanto en cosas gordas como en flacas, que no hay mas que pasar la vista por mis capilladas, y se hallarán todas llenas de profecias cumplidas al pie de la letra. De modo que no sé si estaré destinado por la Providencia para ser el Daniel ó para ser el Caifás de los periodistas; que este don de la profecía asi le puede Dios otorgar á un santo como á un picaruelo; asi á un alma cándida como á un alma de cántaro.

Dije pues, yo Fr. Gerundio, en la capillada 94, art. *El escapulario del Cármen*, que la Munagorriana empresa tenia que volverse agua de cerrajas, y agua de cerrajas se ha vuelto; al pie de la letra como lo habia dicho Fr. Gerundio.

Dije en la 70, art. *Cuatro estátuas*, que me atrevia á esperar de la ilustracion é integridad de los dignos magistrados que componen la audiencia territorial de esta corte que revocarían la á mi parecer injusta sentencia de dos años de destierro &c. que en el informal pro-

eeso instruido contra mi paisano el jóven y decidido patriota Canseco habia dado el juez de primera instancia Amorós; y absuelto ha sido el atrozmente perseguido Canseco por la audiencia libremente y sin costas, reservándosele su derecho para repetir contra quien convenga &c. &c. Al pie de la letra, como dijo Fr. Gerundio que lo esperaba. La alta magistratura española va acreditando en todos los casos que no es infundada la favorable idea que de ella ha dado Fr. Gerundio en mas de una ocasion. Tan virtuosa como desatendida, está siendo una acusacion tácita y perpétua del abandono y de los desaciertos de la mayor parte de nuestros gobernantes.

Y por cuanto los pronósticos de Fr. Gerundio en lo grande y lo pequeño van saliendo al pie de la letra, ningun español de cualquier clase y condicion que sea debe dejar de leer todas y cada una de sus capilladas. Se admiten suscripciones sin inconveniente alguno, y en cualquier moneda de uso corriente.

UN EDITOR PRESO.

Este editor es el caballero Varela y Ulloa, antiguo y pronunciado liberal, á quien sus desgracias han obligado á tomar la edicion del *Nosotros*, de cuyo periódico parece ha sido denunciado un artículo como subversivo. Bastaba que el Sr. Varela fuese un conocido antiguo de Fr. Gerundio, y sobre todo que estuviese en desgracia, para que pasase á visitarle en la cárcel; mucho mas cuando por sus opinio-

nes no merece verse en tal situacion. Hé visto tambien el artículo denunciado del *Nosotros*, y si bien sus términos son verdaderamente un poco bruscos, porque cada escritor tiene sus maneras particulares de decir, no me parece que pueda calificarse por ningun concepto de suvesivo, ni el espíritu de todo el artículo indica que tales fuesen las intenciones de su autor. Hago esta advertencia á los jueces que hayan de calificarle, pues aunque puede fiarse mucho de su justificacion y criterio, podrá no ser supérflua esta prevencion hecha en obsequio de la amistad, y de lo que creo justicia.

LOS PÁJAROS.

Aunque tambien la cabeza de Fr. Gerundio se vá alguna vez á pájaros, porque á nadie le faltan sus pajarillos en que pensar, bien descuidado estaba yo y bien ageno de acordarme que existian pájaros en el mundo, cuando ví entrar á Tirabeque en la celda con una jaula llena de ellos. Todos piaban á un tiempo; unos con moderacion; otros á gritos y con toda la fuerza de que era capaz su garganta: unos cantaban alegremente, otros daban una piadita de dolor; picábanse unos á otros disputándose los granos del comedero; habia quien se lo quitaba á otro del mismo pico, y todos sin distincion de colores y magnitudes se afanaban por engullir lo que podian.

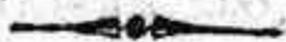
Pero hombre, le dije á Pelegrin, ¿qué humorada ha sido esa, y con qué dinero has comprado tantas aves? Eso no figura en el presu-

puesto de mis gastos.—Ah señor, ¿pues qué: todo ha de figurar en los presupuestos? Pues entonces nunca podría uno comprar una jaula. También yo tengo mis fondos secretos, Señor.—¿Y de dónde salen esos fondos?—Eso ya lo sabrá vd. despues. Por ahora mire vd. qué pájaros tan guapos y tan gordos traigo.—Hombre, sí: ¡qué gordo está este de la derecha! Jesús qué horror, qué buche tiene! Está rebentando, hombre: ¿cómo habrá engordado tanto este pájaro?—¿Ese? Porque me dijo el pajarero que nadie le intervenia lo que comia: que habia dado órden el amo para que no se le contáran los granos que comiese.—Guapo! Buen voléo llevaria asi la panera! Por una órden como esa creo que resulta ahora una falta nada mēnos que de 300 milloncejos de rs. en libranzas no intervenidas por el contador de distribucion; que si es cierto, ya se armará un buen ajo en el ministerio de hacienda. Déjate, que al hermano Pita no le faltará que hacer en el negocio.

Pero hay pocos gordos, hombre: la mayor parte no tienen mas que el armazon y la pluma. Mira, este de aqui se está muriendo, yo creo que de necesidad; y todos estos me parece que no duran tampoco mucho tiempo.—Señor, ¿qué habia de suceder, si la comida de estos se la zampaban estos otros? Pues por eso hay tan pocos gordos.—Vaya, pues mas te vale echar al gato todos estos que están flacos, y lo que habiamos de gastar con ellos gastarlo con los gordos, que son los únicos que nos pueden aprovechar, y el grano que tenemos ya

ves que no alcanza para todos.—Señor, lo que voy á hacer es matar los gordos, y despues cuidar bien los flacos, que buena falta les hace.—No, hombre, no, que es lástima.—Si señor, si, que no es lástima. Mire vd.; con lo que este maldito tiene en el buche hay para dar de comer á seis de estos otros. Se le saca, y despues le mato.—Nada, nada, primero los flacos.—Señor, desengañese vd. mientras no se haga un ejemplar con los pájaros gordos como el que yo quiero hacer, ni pueden medrar los flacos, que son los mas, ni habrá grano en la panera que les baste. Y lo que le digo á vd. se lo digo tambien al gobierno. Mientras no haga con los pájaros gordos que se han tragado el grano que habia para todos los de la jaula lo que yo quiero hacer con estos, no sabe ser gobierno.—Estás cruel hoy, Tirabeque.—Señor, lo cruel es que se mueran de hambre muchos pájaros flacos porque engorden á su costa cuatro pájaros gordos.—Amigo, estás acérrimo.—Señor, lo dicho dicho: lo que hace falta es hacer un ejemplar con los pájaros gordos, y el gobierno que no lo haga no es gobierno.

Señores gobernantes; ya oyen vds. lo que dice Tirabeque: un ejemplar con los pájaros gordos que se hayan cebado á costa de los flacos, y sino dice que no saben vds. ser gobierno.



Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.